

J. I. DE DIEGO PADRÓ

OCHO EPÍSTOLAS MOSTRENCAS



1

COLECCIÓN PALMA
SERIE AMERICANA
MADRID

C. P. R.
P. R.
861
D55919

*Es propiedad del autor.
Derechos reservados.*

145.668

Printed in Spain

Nueva Imprenta Radio, S. A.-Magallanes, 21.-Madrid

1

EPISTOLA ADMONITORIA
AL POETA CALANDRINO

EPISTOLA ADMONITORIA AL POETA CALANDRINO

Calandrino, poeta, en nombre de tu arte,
Escucha lo que quiero aconsejarte,
Que es fruto ya maduro de ciencia y experiencia.
Conviene que reacciones de tu parte
Contra esa sistemática complacencia,
Esa tu práctica socorrida
De estarte día y noche con la caña tendida
A caza de retóricos pelitriques.
En estos tiempos de realismo aplastante,
Se impone seriamente romper con semejante
Estética de alfeñiques,
Que ni de gratis nadie la querría
Aunque dieras encima dos peniques.
Es menester, por tanto, Calandrino, maestro
Y juez radiante de poesía,
Que a tono con los gustos actuales, te dediques
A renovar el mundo de tu estro.
Elabora, si puedes, con tu seso y tus manos,
Y provisto de auténticos materiales humanos,
Otras más consistentes y objetivas criaturas:
Seres articulados, vivos, de órganos sanos,
Sin afeites, ni adobos, ni florituras.

Déjate, pues, poeta, de amontonar redadas
De imágenes trilladas, resobadas, gastadas,
(Tropos y perendengues preciosistas)

Para después, al modo de los taxidermistas,
Prenderlas pulcramente, como disecadas
Mariposas de tipos y colores diversos,
En el escaparate de tus versos.

Y no me salgas ahora con excusas
De que cada poeta es rancho aparte
Y que la técnica de tu arte
Es inspiración de las musas.
¡Qué musas ni qué narices!
Las musas se hallan en lo hondo
De tu intelecto, en el fondo
De lo que piensas y dices.

Las imágenes que tú ordenas en filas,
Honestamente te lo digo,
Mi luminoso amigo,
No son sino retahilas
De vaciedades finamente ataviadas.
Formas evanescentes resbaladas
De tu cerebro, como anguilas.
Maravillosas, hechizadas perlas
De confección cuasi divina,
Y que por mucho que intentemos cogerlas
Se nos deshacen como gelatina.

Todo tu acervo lírico, la faramalla
Efectista y banal de que alardeas,
No es más que el caballito de batalla,
El bastión, la atalaya,
Del que rehuye batirse con ideas.
Y no es que en mi censura me propase.
La imagen es bonita, es conveniente
Si se la sabe usar prudentemente.

Mas no tomándola como base
De toda poética frase.
Que entonces, francamente, desagrada
Como la mucha mermelada.

Pon tu lira al servicio, Calandrino,
De lo intrínseco humano.
Y relega lo ulterior y divino
Para los que comulgan con ruedas de molino.
No hagas el bobo soberano.
No bordes florecillas de fantasía.
No elucubres sandeces. La poesía
Debe ser fuente pletórica
De verdad, de pasión y de belleza.
Humanidad y naturaleza,
No un cementerio de retórica.

Desecha ese jueguito sin sentido ni objeto
Del arte por el arte, jueguito ya obsoleto.
Sé amplio, natural, espontáneo, sencillo.
Forja tu verso a golpes de martillo.
Y cada martillazo que sea
El resplandor de una idea.
Brote en la justa medida tu obra,
Sin nada de menos ni de sobra.
Brote con humildad digna y callada.
No con la pretensión de creerse
Única, insuperable, acabada.
Es sólo de pequeños el clamor petulante.
Más ruido mete un fósforo al encenderse
Que el sol cuando se aúpa por levante.

En cuanto al estilo, mucho cuidado.
No lo recargues demasiado

De superfluos adornos y matices.
(Recuerda que el inepto
A fuerza de adjetivos mata el concepto).
No lo retuerzas. No gongorices.
Concédele que fluya libremente
Con sus naturales tropiezos y deslices.
Y que luzca como un agua corriente
Cuyo fondo se pueda percibir claramente.

Dentro del taxativo campo estético,
No cabe descartar enteramente
Eso que algunos llaman elemento poético.
Utilízalo en calidad de ingrediente.
Pero actúa con tiento,
Con esmerado tino.
Y huye de cuanto implique alambicamiento.
Item más, Calandrino:
Pon, sobre la emoción o el sentimiento,
Un gran sentido lógico y un agudo talento.
La belleza esencial, la belleza armoniosa
Y última que persigues, no es cuestión de óleo y crisma.
No está en lo que se pone para exornar la cosa,
Sino en la cosa misma.
Rescata de tu espíritu las nociones inertes
Que solamente esperan de tí que las despiertes.
Toma la vida por tu cuenta
Y exprímela con hercúlea energía.
En cada ubre, de las miles que ostenta,
Encontrarás un rico manantial de poesía.
No pulses tu laúd en el vacío.
Sal de tu desmedrado señorío.
Sal de tu torre de marfil, hermano,
Y vuela, vuela, vuela,
Lejos de la bagatela.

Que palpite en tu verso cuanto hay en ti de humano,
Cuanto hay en ti que siente, que idealiza, que anhela.
Desegocéntrate, colectivízate,
Expándete, modernízate.
Desdóblate, animálcule, microcosmos,
De dentro para fuera, hacia el macrocosmos.
Despójate de tu intelectual egoísmo.
En vez de introvertido, de intensista,
Sé disperso, plural, extensionista.
Deja de ser tú siempre, tu unidad, tu guarismo,
Tu tiempo, tu extensión, tu movimiento,
Como si fueses un musical instrumento
Que sonara tan sólo para oírse a sí mismo.
Deshollina tu arte,
Si no del todo, en parte
De arrequives, bambollas y otras pamplinas.
Cámbiale su expresión feble y extática
Aplicándole hormonas o vitaminas.
Quítale su absoluta seriedad antipática
E infúndele calor, dale vida, alegría.
Dale un poco de humor, de gracia, de ironía,
De ingenio, de sal ática.

Hoy como nunca, Calandrino,
El mundo necesita de la voz del poeta,
Del visionario, del profeta,
Para echar los cimientos de su destino.
Mas presumo que no es con el bagaje
De tu numen, centrípeto, primoroso, ridículo,
Con lo que habrá tu verso de tornarse en vehículo
De un nuevo apostolado, de un credo, de un mensaje.

Te invito, finalmente,
Mi Calandrino confidente

De aventuras e ideas,
A que saques, si así lo deseas,
De este atropelladísimo manual estético
Las normas generales de tu arte poético.

2

EPISTOLA AL
ALCATRAZ DEL PARQUE

EPISTOLA AL ALCATRAZ DEL PARQUE

Mi admirado alcatraz del parque, estoico amigo,
Soy de tu cruel e injusto cautiverio testigo.
No sabes cuánto siento tu actual, tu lamentable
Situación, de la cual me hago, en parte, culpable.
Ni sabes cuánto anhelo desagraviarte, y cuánto
Daría por calmar tu silencioso llanto,
Tus nostalgias de vuelo. Mi razón no sanciona
Que hayan así dispuesto de tu libre persona
Con burla y atropello del derecho de gentes.
Para que cuatro gatos de entre los asistentes
Al parque se diviertan a costa tuya, ¡Horteras
Que no valen lo que una de tus plumas traseras!
No creo que te cause mucha satisfacción
Ser en tu jaula objeto de pública atención.
Tú, Jasón, que has luchado contra los elementos
Y recorrido toda la rosa de los vientos;
Tú, barloventeador, de traza altiva y seria,
¡Convertido en un cómico pajarraco de feria!
Esto es ya pisotear tu majestad volante,
Pues tú, docto onocrótalo onocrotalizante,
Que si onocrotalizas tu concepción del mundo
Es porque, como alega Protágoras profundo
Apelando a su abstruso, metafísico modo,
¡Tú también te figuras la medida de todo!

Por esta extraña epístola que te dirijo, honrado
De hacerlo, noble pájaro, triste y encarcelado,
Quiero a ti presentarme sin reservas, Mi nombre
No te importe. Soy uno de tantos. Soy el hombre.
O sea el Homo Sapiens, según Carlos Linneo,
Un taxónomo nórdico, macrocéfalo y feo.
Y como tal, honores y obediencia reclamo.
Soy el usufructuario de la creación, el amo
De los cuatro elementos primordiales: la tierra,
El aire, el agua, el fuego. Mi negocio es la guerra.
En la naturaleza, así es cómo me he impuesto.
Mas, con todo, alcatraz, no quiere decir esto
Que si te manumiten, te inhibas de pescar
Sardinas en el mar. El mar es comunal.

Y bien, ¿qué daño hiciste? ¿Por qué tu mala estrella?
¿Has robado? ¿Has matado? ¿Violaste a una doncella?
¿Has dicho o cometido algún punible exceso
Que amenace la grácil curva de tu pescuezo?
¿Has ido contra el orden, contra la ley escrita,
Contra Dios, o tus dioses: Neptuno y Anfitrita?
¿Acaso has pretendido derrocar el gobierno
Constituído? ¿Acaso —¡oh, diablos del infierno!—
Te acusan de espionaje, por no llevar papeles
Creditivos que digan que ni hiedes ni hueles?
¿Por qué, entonces, por qué? ¿Cuál es el gran motivo
Que conduce a mis prójimos a tenerte cautivo?

Te digo que en mi especie pasan cosas tan raras,
Que aún razonando mucho para hacértelas claras,
Tu seso onocrotálico no entendería ni jota.
Como a ti no te entienden el topo o la marmota.
Ejemplo: blasonamos de llamarnos humanos,
De encarnar generosos sentimientos cristianos,

De aborrecer el crimen, la soberbia, el orgullo.
Pero en cuanto se trata de un caso como el tuyo,
Todo lo que es justicia, caridad, hidalguía,
Son formas que no existen nada más que en teoría.
Y esto, que no te explicas, yo te lo certifico...
Tampoco has de entender que este menguado pico
De mi nariz, no es pico para pescar sardinas...
Ni que no soy de raza de tritones y ondinas.
Ni que con estas alas de mis brazos implumes
No me es dable correr los plateados cardumes,
Ni planear ampliamente, en porfía titánica,
Por sobre la revuelta superficie oceánica.
Y de fijo, en las veces que visito tus rejas,
Te chocarán mis gestos, mis maneras complejas.
No hallarás un sentido lógico a mi plumaje,
Es decir, al moteado casimir de mi traje.
Ni sabrás por qué gasto gafas, ni por qué fumo
Y echo al viento fugaces arabescos de humo.
Ni entenderás mi risa, ni por qué llevo un nombre:
Nada, en suma, de cuanto pinta y define al hombre.
Y es, que con pensamientos de pelícano piensas.
Es que el alcance ignoras de mis fuerzas inmensas.
Del gusano a la estrella, todo es ser de mi ser.
Y ni pico ni alas mi cuerpo ha menester,
Porque posee mi mente poderosas remeras
Que a su lado, las tuyas son de cardosanteras.

En verdad, me das lástima, pájaro taciturno,
Digno de usar la toga y el dorado coturno,
Pese al tufillo a fuco que de tu carne exhalas.
Te veo derrotado, caído, con las alas
Flojas, mustio el copete, rotas las timoneras;
Ocioso tu instrumento de combate, las fieras
Tijeras de tu pico; ajado ya y sin brillo

Tu uniforme en gris plata, pardo y rojiamarillo;
Y exhausto el buche, flácida la bolsa estrafalaria
Por donde se te escurre la pobre ración diaria...
Mayormente me afliges cuando, plantado en medio
De tu cárcel sellada sin fin y sin remedio,
Te veo alzar el pico trémulo hacia el vacío,
Como añorando el libre y extenso señorío
De tus mares y cielos; o bien, cuando tus ojos
Redondos y movibles, de vivos iris rojos,
Repasan el estanque pordiosero, estreñado,
De un agua gris, pesada, como plomo fundido,
Donde si algo viviente se agita o reverbera
Es el pez de ilusión de una nube viajera.

Pero, después de todo, no es tan cruel tu destino.
Peor es el del buey, la mula o el pollino.
No debes, pues, quejarte. Vives a semejanza
De un Simbad en las playas del sueño y de la holganza.
Comes, duermes, disfrutas de excelente asistencia.
Durante todo el tiempo que rumies tu existencia,
Te has de pasar los días viendo caras vulgares,
Estómagos y sexos, sombras de lupanares
Que se olean; mas las noches apacibles y bellas,
Serán tuyas, bebiendo leche de las estrellas.

3

EPISTOLA A LOTA

EPISTOLA A LOTA

Lota, del lotus umbelado :
Mi pensamiento fijo en ti, mi ninfeácea,
Fijo en tu alada imagen ahora envuelta
En el velo humeral de la distancia,
Te columbra flotar pálidamente
Azul sobre la acuática tersura,
Con tus dedos de pétalos fragantes
Aprisionando mi ilusión viajera
Ebria de tu ebriedad casta y desnuda.

Y en ese tu quimérico palacio
Lleno de densas brumas movedizas,
Donde moras sin fin en un silencio
Que sólo quiebra el vuelo de tus ansias,
Te imagino, mi Lota, altiva y grave,
Viendo cómo discurre el tiempo ilímite
Por sobre tus dominios solitarios;
Te imagino en tu trono de diamante
Y entre labrados paredones de oro
Como una extraña reina de leyenda,
Con un buho enigmático en el hombro
Y una serpiente mágica enroscada
A tus pies y mirándote, insistente,
Con sus redondos ojos de esmeralda.

Lota, del lotus umbelado,
Náyade de los éxtasis sin término:
El rizo de la onda laxa y breve

Que la pata del viento solivianta,
Viene hasta ti reptando, y retrocede
En círculos que son lilas y verdes:
Luz de ti misma, la poesía del agua
Que en ti se esconde, vibra y resplandece.

Lota, la de contornos esfumados,
Rauda como el celaje de una nube.
Espuma intáctil que mi mente inundas
Del susurro inefable de la dicha.
Corola oliente a ensoñación y a beso
Soberbiamente al infinito abierta
En la abrupta región de mis anhelos.
Vaga flor ideal, ánfora única,
Vaso de puro argento donde bulle
La esencia del sinfín de tus esencias
En un solo perfume concentrada,
Para sahumar eternamente al fondo,
Allá abajo, en las sombras de mi alma.

¡Oh, y por ti, dulce Lota,
Por ti, por esa hermosa y suma síntesis
De perfección humana que en ti esplende,
Amor su fuego proverbial encienda,
Y en ademán hierático y sublime
Vuelque sus finos cántaros de aromas,
Y su trémulo belfo a la dulzaina
Acerque, y broten las ardientes notas
Del viejo dios que en cada ser transfunde
Su universal e inconfundible aliento.

¡Sí, canción eres tú, música angélica,
Arpegio que en tus pétalos carnosos
Se corporeíza, para maravilla

De los absortos ojos de los peces!
¡Lota, del silfo errante en la floresta,
Del duende verdeazul que entre las grutas
De blando limo negro revestidas,
Se agazapa a mirarte
Y en torbellinos de burbujas blancas
Alza hacia ti su pasional mensaje!

¡Lota, del loto azul, góndola mía,
Flotante en mis remansos interiores!
Detrás de cada roca, cada árbol
De ese paisaje oculto de mí mismo,
Te oigo a ti, oigo las sílabas melódicas
De tu nombre de agua quieta y triste,
Repercutir con insistencia loca
En mis espirituales subterráneos
Como una inmensa procesión de alas.

Y te deshaces luego, te deshaces.
¡Oh, lábil eco fugitivo
De paso hacia los lindes de la nada!
¡Oh, voluta de humo en el incierto
Lontanar de mi alma,
Lota, del lotus umbelado,
Adormecida en brazos de mis sueños!

4

EPISTOLA A
LUIS MUÑOZ MARIN.

EPISTOLA A LUIS MUÑOZ MARIN

Caro y fraterno amigo, quiero por un momento
Ocupar tu atención para contarte un cuento.
Un cuento cuyo hondo sentido irás captando
A medida que vayan, con vuelo lento y blando,
Las ideas alzándose de su claustral reposo,
Allá en su reino único, reino maravilloso
Donde la fantasía, la loca de la casa,
Tiene su gran taller de producción en masa.

Has de saber que te hablo —porque así me lo dicta
La razón— en el tono y actitud de una estricta
Igualdad, sin el torpe complejo de los mismos
Que te exaltan, sin mimos ni untuosos formalismos.
Y esto, aunque muchos crean que para hablarte haya
Que escalar el más alto pico del Himalaya.
¡Bromas de tus cofrades! Pero, por sí o por no,
Debo advertirte ^a de esos oficiantes que yo
Quiero contar mi cuento, no al mentor de un partido,
Al semidiós por tantos adorado y temido,
Sino más propiamente al hombre, al compañero
De otros días mejores, al amigo sincero;
Y también —¿por qué no?— al hábil dirigente
Público, al que su luz da a tantísima gente,
Al que es de carne y hueso y pisa el mismo cieno,
La igual tierra que a todos nos hundirá en su seno.
Y, en fin, dicho lo dicho, y dicho tan bien dicho,
Salvo aquí el consonante rimando con «capricho»:

El mío, el de querer enjaretarte un cuento
Cuya trama está aún vaga en mi pensamiento.
Un cuento hecho en pareados, amigo, no es bicoca.
Requiere una paciencia dura como la roca.
Mucho más si se adopta el verso alejandrino
Con forzado hemistiquio y acento neolatino;
Verso que hay que trastear con no escasos primores,
Por no adaptarse, como otros metros menores,
Al sistema que imponen las narrativas normas,
Sino al ritmo grandioso y a las heroicas formas.

Pues el cuento de marras es un sencillo cuento
Con algo de realismo y algo de encantamiento...

Erase que se era un pobre caminante,
Loco de Dios, mendigo de saber, trashumante
De todos los caminos: híspida cabellera,
Ancha y fornida espalda, y áurea luz de quimera
Náufraga allá en el bosque de su mirada oscura.
Y ocurrió que una vez, bordeando la llanura
De arenas calcinantes y sin fin, requemado
De sol, turbia la mente, sudoroso, agotado,
Bajo una humilde higuera, el suelo por alfombra,
Tendióse a descansar, y así le habló su sombra:
—Hermano, te conozco de hace un montón de años.
Contigo he compartido triunfos y desengaños.
Hemos atravesado juntos la selva extraña
Del vivir. Nos han visto el llano y la montaña,
Los valles y los ríos, caminar, caminar...
Mas ya, hermano, tus pies comienzan a flaquear.
A cada movimiento crujen tus huesos, flojos,
Y se te caen los brazos y se anublan tus ojos.
Por las sendas andadas, en polvo convertida,

Tu juventud dejaste para siempre perdida.
Y hoy te vas derrumbando como un sol moribundo.
Lejano, más allá del poniente del mundo.
No eres sino el espectro de una gloria pasada
En la espera angustiosa de la postrer llamada.
Y se te ve en las córneas de mirar fijo y yerto
Que por miedo a morir quisieras ya estar muerto...
¡Cómo han quedado atrás, hermano, la energía,
La belleza, el amor, el sueño, la alegría!
¡Cómo los antes verdes, florecidos hortales
Se han transformado ahora en resecos eriales!
Todo entonces, hermano, sonreía a tu paso.
El dolor, la pobreza, la vejez, el fracaso,
¿Quién se ocupaba de esas cosas desagradables
Si la vida ofrecía fuentes inagotables
De placer y de dicha? ¿Si, además, el prestigio
Proverbial de tu nombre completaba el prodigio?
Recuerdo que tuviste en tu puño una vez
Cautivo el arco iris como si fuese un pez.
Eran tales tu ardor, tu ánimo, tu brío,
Que de tu ser fluían como anchuroso río.
Se adivinaba al dueño nada más que con verte
De esa bondad innata del que se sabe fuerte.
Y lo mismo en las puestas del sol que en la alborada
Rubricaba el espacio tu jovial carcajada.
Entonces dominaba tu mente en todo sitio
Por el saber, por la «eloquentia et eruditio».
Y poseías la gracia personal, el calibre
Y el peso de un carácter universal y libre.
Entonces te expresabas en el divino idioma
De los locos del arte. Y hablabas del aroma
De Rousseau. Y del verso. Y de pintura. Y del
Compás sensuoso y plástico de Grieg y de Ravel.
Entonces proclamabas a Whitman como a un dios.

Y discutías a Keats, y a Shelley, y a Swinburne.
También, entre otros temas, tratabas comúnmente
De integral socialismo, de Marx y de su gente,
De Malthus, del sociólogo Proudhon y su teoría.
De religión. De leyes. De amor. De astronomía.
Y, como corolario, inflabas el balón
Con un poco de Kant, de Hegel y de Hume...
Entonces eras tersura, pureza, claridad.
Manteníase intacta tu personalidad.
Y andabas por el mundo sin pensar en sus males,
Con el gesto de un mágico domador de ideales,
Con la camisa abierta, sin corbata ni nada,
Y a los vientos la endrina melena alborotada...
Pero después vinieron otros tiempos. De un salto
Quiso el destino auparte hasta el sitio más alto
De tu pueblo. Y apóstol, el brazo enhiesto, ahora
En vez del arco iris apresaste la aurora.
Se iniciaba contigo, de repente, una luz
Nueva, un nuevo credo, una nueva inquietud.
Y abriéronse propicias multitud de ventanas
Expectantes. Rompieron su mudez las campanas.
Y el milagro se hizo. Pálidas muchedumbres
Vibraron al unísono cuando las reciedumbres
Del trueno de Isaías en tu palabra oyeron;
Y al punto te creyeron, te amaron, te siguieron...
En tu misión, por años sucesivos, hermano,
Te vi subir las cuestas del monte, andar el llano
A pie, entre lodo y zarzas, rota la vestimenta,
Doblado bajo el sol, la lluvia o la tormenta;
E imperturbable siempre, persistente, señero,
Con faz iluminada y amplia de misionero
Ponías en cada surco, al paso, la semilla,
Virtual, el diminuto grano de maravilla,
En cuyos cromosomas germinales tu grito

De fe ardía, tu anhelo de justicia infinito.
Y a este tenor venciste, tenías que vencer,
Mole de voluntad, y alcanzaste el poder.
Y, con él en tus manos, mucho fué lo espigado.
Rehabilitaste al héroe olvidado, al soldado
Del machete y la azada, al hombre de la sierra,
Al que lava y ordeña las ubres de la tierra.
Y, asimismo, extendióse el bienhechor aliento
De tu obra enjugando las miserias sin cuento
De otras clases de abajo. Y fueron tus primeras
Gestiones formar leyes sabias y justicieras.
Y diste pan y tierra, diste facilidades
De vida a todo el mundo, en campos y ciudades.
Fuiste el gran proveedor. Y de idéntico modo
Que en el hombre del agro y el del taller, en todo
Ciudadano insuflaste una nueva conciencia
De libertad, de honor, de civismo y decencia.
Vamos, que a troche y moche tu alpiste repartiste
A riesgo de quedarte tú mismo sin alpiste...
Esto está bien, hermano; es muy humano esto,
Y es hermoso; mas tiene sus tintes de funesto.
Algo esencial faltaba en tu acción, en tu obra.
Algo que en el aspecto sociológico cobra
Importancia inaudita. Faltaba el lado eterno,
Lo ideal, la substancia íntima, el soplo interno.
Algo impalpable, abstracto, que no ha forma ni nombre.
Porque de pan y tierra no sólo vive el hombre.
La cultura, la idea, el libro, la instrucción:
Aquí debió centrarse tu principal misión.
Modelar el espíritu obrero y campesino
Y echar así las bases de su propio destino.
Pero no te cuidaste, con todo tu bagaje
Mental, de prepararlo para el nuevo mensaje.
Y mira el resultado lamentable que hubiste:

(Hermano, me está duro decirlo, me está triste)
No forjaste en la práctica nada más que una raza
Con pan y tierra, pero cuya ambición no pasa
De ahí, de haber logrado casa y cena seguras
Y, al parecer, sin otro manantial de venturas.
Sin el fuego idealista que su conciencia alumbra
Y la saque del barro y la eleve a la cumbre.
Y lo peor del caso: que los que te siguieron,
Los que el trueno iracundo de tu palabra oyeron,
Te abandonan, se han vuelto en contra tuya, hermano.
Ya ves el fruto amargo que recoge tu mano.
La armazón de tu fábrica tiembla, se bambolea.
La idea que sembraste la corroe otra idea...
Y es que todo envejece, toda doctrina tiende
A morir con el propio cerebro que la enciende.
Además, que responda tu razón que me escucha:
¿Qué obtuviste en ti mismo luego de tanta lucha?
¿A qué precio fantástico jugaste esa partida?
Pues al de haber tronchado lo mejor de tu vida.
Mírate ahora, mudo, solitario, vacío,
Con el recuerdo sólo de tu gran señorío.
Se arideció tu alma en la lid redentora,
Tu alma antes romántica, sensible, soñadora.
Y un lado de tu cuerpo se ha hipertrofiado con
Detrimento del lado donde está el corazón.
Pasó en ti que el político, el jefe, el estadista,
Ahogaron al poeta, al sabio y al artista.
Piensa, si no, en las páginas de ideal contenido
Que el arte universal en tu ingenio ha perdido.
Pero así es la existencia de inconstante y fugaz.
Hermano, con tu arado has arado en el mar...

No dijo más la sombra. Y el viejo peregrino
Se alzó de donde estaba y siguió su camino.

Detrás iba su trágica compañera, husmeando
Las huellas trabajosas sobre el terreno blando.
Y llegaron al punto donde el poniente acaba,
Donde un ocaso inmenso y espectral recortaba
Largamente la sombra de un hombre en el abismo...

Y cuento terminado. Y aunque, al final, el caso
No es tu caso, mi amigo, ¿crees imposible acaso
Que en las curvas del tiempo, por cruel determinismo,
Pueda ese desenlace repetirse en ti mismo?...

5

BREVES EPISTOLICOS
A PROCLO

BREVES EPISTOLICOS A PROCLO

I

Sábado.

Proclo amigo, el mundo no es una fantasía.
No es un juego de magia como tú supusiste.
Pase esa idea en tu tiempo, allá en tu decadente
Escuela neoplatónica. Pero el mundo no es eso.
El mundo nada tiene de ideal ni de místico.
Por el contrario, es una realidad contundente,
Una objetividad que no admite disputa,
Amarga, cruel, pesada y estúpida. Las cosas
Son como son y son así por una torpe
Misión de ser por ser, sin objeto preciso
Ni causa racional conocida. Hijos somos
De un azar demoníaco, despótico, arbitrario.
La regularidad y la monotonía
Cósmicas, son la base de nuestro ser, buen Proclo.
Desde la aurora prístina de la existencia humana
El tedio, el tedium vitae bosteza en nuestro espíritu.
Nuestra esencia primera es el pecado adánico,
Es la maldad caínica. La lucha, el exterminio
Que al universo rigen, de la amiba a la estrella,
Son leyes inmanentes, leyes inesquivables
Que en nada nos excluyen a nosotros los hombres...

Y basta ya de introito metafísico, Proclo.
Verás tú por qué cargo tan despiadadamente

Contra el mundo. Primero, por razón y experiencia.
Y segundo... En verdad, no sé cómo explicarlo.
Se trata de mi perro, un animal magnífico.
Un gran perro bermejo, un collie largo y fino,
Y melancólico y elegante como un rey destronado.
Ayer mismo llegóse dulcemente a lamerme
Las manos, con su lengua húmeda y sonrosada.
Así hacía cada vez que improvisaba irse
De juerga con las perras del pueblo, y de este modo
Tan sincero, tan noble recababa mi anuencia.
Lo acaricié en tu nombre, porque en tales momentos
En ti, en tus concepciones idealistas, pensaba.
Y elogíé al mismo tiempo su belleza y su sangre,
Comparándolo al galgo
Que pintan a los pies del príncipe de Viana.
Después le hablé de ti, y me miró asombrado;
Y con el negro hocico trémulo, te buscaba
Olfateando en el aire tu invisible presencia.

Esto que te refiero fué ayer, mi caro Proclo.
Hoy ha ocurrido algo trágico, inenarrable.
Mi perro ha muerto, ha muerto víctima de la ética,
De la enorme idiotez del señorío humano.
Lo envenenaron, porque no llevaba
La ficha de inscripción, según dispone
Le Ley municipal.
Y también por intrigas: porque su conducta
De can que cortejaba en público a las perras
Ofendía a las gentes virtuosas del pueblo,
Reacias a las prácticas sanas del amor libre...
¡Mi pobre perro, Proclo! ¡Si tú lo hubieras visto!
A puntapiés lo entraron en el carro
De la basura. Aún agonizando,
Meneaba la cola dulcemente

Y le lamía los pies al basurero.
Cerró los ojos luego, y pasó a mejor vida.
Aquí tienes un tema aprovechable
Para la horrenda historia de injusticias
De nuestra diosa la Razón.
Durante aquellos críticos instantes
No lo dudes, mi perro
Fué superior a muchos mártires.
Por su ejemplar bondad, por su amor infinito,
No igualados aún por el genio del hombre,
Mi perro es digno de una estatua.
Digno que se le entierre con la pompa
De un héroe. Y que sobre su tumba
Se coloque esta lápida:

«Aquí yace el más justo de los justos.
Repartió, como Sócrates, las últimas monedas
De su grandeza de alma,
A cambio de un veneno
Y de unos cuantos puntapiés».

II

Domingo

¿Qué tal, qué tal, mi verecundo Proclo?
Allá va esta otra epístola, pergeñada al escape.
Pero antes de contarte mis asuntos, respóndeme:
¿Qué hacías tú los domingos en la urbe de Atenas
Para no suicidarte?... Bueno, a mí no me importa
Lo que hacías o dejabas de hacer, radiante Proclo.
Por mi parte, sin pizca de sarcasmo, te digo
Que he saltado hoy del lecho, optimista y risueño
Como la cara azul del día en el paisaje.
Estoy gozando de lo lindo. Ahora
Vas a verlo. A las diez de la mañana

Me he arrellanado en un café, con vista
A la calle. Sol, sol y campanas.
Y digo: «El sol de los domingos
Da la impresión de que se emperifolla
Como el domingo mismo».
Y agrego: «Mozo, sírvame tostadas
Y un buen biftec de reno.
Y champaña. Pero oiga, a priori de eso,
Tráigame un hemisferio de auranciácea».
«¿Cómo dice el señor?», rezonga el mozo
Con ojos redondeados de sorpresa.
«¡No; nada, nada!», exclamo. «Un Alka-Seltzer
Y una media toronja.»
Se va el mozo. Y bostezo. Y me miro las uñas.
Todo esto realizado como por un resorte.
Luego, insensiblemente,
Me rasco el colodrillo
Y echo una misantrópica miradita hacia fuera:
Lo que veo es un cuadro surrealista
Donde se muestra en paralelepípedos
El horizonte de mampostería
De las casas de enfrente.
Allí, este aviso en caracteres góticos:
 «Salustiano García.
 Vendo coronas fúnebres
 Y ataúdes a la medida.»
Ahora, por la angostura de la acera
Desfila un poco de moral burguesa:
Dos novios, apañados,
Diciéndose ternuras matutinas.
(¡Babosos!)
Un matrimonio de bracete.
Ella, orgullosa, va como anunciando:
«Este que veis aquí, tan importante,

Es mi esposo, señores.
Conque ya lo sabéis, ¡yo soy su esposa!»
Y él parece alardear: «Señores, esta
Mujer es mía, solamente mía.
Para eso me la pago».
(¡Ridículos!)

Ya ves, querido Proclo, estoy gozando
Morrocotudamente. ¡Ni con uno
De esos chistes disecos de Aristófanes!
Nuestra puntual señora la Costumbre
Se divierte aburriéndonos a todos.
Y yo mezclo todo esto al desayuno
Y me lo engullo resignadamente,
Con un deseo de gritar: «Señores,
Aquí no pasa nada, nada, nada».

III

Otro domingo más, amigo Proclo.
Las calles bullangueras se han vestido de limpio.
Repican las campanas pueblerinas
Y sus lenguas metálicas sugieren
Un martilleo sobre yunques:
Mas sobre yunques huecos del espacio
En donde no se forja ni una tuerca.
Bajo el sol, doña Eulalia, devocionario en mano,
Como siempre a esta hora, cruza para la iglesia,
Con su rencor de vieja solterona y el peso
De haber soñado acaso más de lo que se debe.
Beniamino, el alcalde, que lleva una leontina
Con dijes sobre el combo bandullo, se detiene
Un instante no más en mitad de la acera

A intentar lo imposible. Quiere, desde lo alto
De sus gafas de oro, verse los venerables
Borceguíes con gomas que le han recién lustrado.
Pero todo es inútil; no vale que haga un ángulo
De lo menos noventa grados con la cabeza.
No vale que se incline echando atrás sus gruesas
Posaderas de andrógino,
Porque la perspectiva vertical hacia el suelo
Se la obstruye la curva de su esférico abdomen.
Y Beniamino tose y reanuda su marcha.
En frente, una vecina ladra. «Muchacho, vuela,
Vé al mercado, ¡demonio!, que se está haciendo tarde.»
Por allá doña Berta riñe con sus manías.
Y doña Paca eructa chismes de todo el pueblo,
Como ayer, y anteayer, y el domingo pasado.
El barbero, a la puerta de su establecimiento,
Con frascitas de agua de quina y bergamota
Insiste en piropear a las chicas que pasan,
Mientras ríe a su lado, como un fauno barbudo,
Con risa que trasciende a ictiol y a licopodio,
El animal medianamente acuático
Del boticario.
De repente, atraviesan la soleada plazuela
Las dos largas orejas presumidas
De un asno que se cree centro del universo,
Y que si no rebuzna es porque tiene corto
El cuello y porque anda en posición erecta.
Pues esta gran lumbrera de la estulticia humana,
Flor de mediocridad, nata de antipatía,
Es, ¡admírate, Proclo!, el inspector de escuelas.
Detrás de él, por curiosa casualidad, vacila
Zanqueando su cojera un asno verdadero,
En cuyos vericuetos posteriores las moscas
Se apipan de belleza a la salud del día.

Más allá, junto al atrio de la iglesia
Suscitan comentarios y rechiflas
Dos canes que se frotan
Cruzadas las espadas de sus rabos.
Y alguien canta en barítono: «¡Panadero! ¡va el pan!»
Y la soprano lírica: «¡Mamita, el panadero!»
Y entrometidamente
Un truck, un truck que pone la guerra a cinco pasos
Con su infernal estruendo.
Y un elefante de hombre, que con voz de falsete
Gorjea, cara al cielo: «¡Qué mañana tan linda!...»

¿Te das cuenta, buen Proclo, a qué punto increíble
Llega el rutinismo de estos superestéticos
Individuos del cosmos? ¿Has visto tú qué seres
Exquisitos, qué espíritus amplios y soñadores?
En cuanto a mí, buen Proclo, me sonrío y me extraño
De que la vida entera de estas pobres criaturas
Se reparta en esperas de seis días iguales,
Seis días de la hebdómada, lentísimos, ansiosos,
Para luego, a la postre, no lograr otra cosa
Que esta insulsa y local estampa del domingo...
Sí; yo acá, en mis adentros, me sonrío y me extraño,
Y como un buey con sueño masco mi aburrimiento...

IV

Lunes

Y sin embargo, mi fraterno Proclo,
Mira lo paradójicos e inconformes que somos.
Hoy que es lunes, segundo hito de la semana,
Hoy que también el tedio me roe hasta los tuétanos,
Siento ganas de cielo, un cielo claro,
Amplio, dominical, bien maquillado

Sobre la paz aldeana,
Con un vuelo de pájaros, remando
En la azul transparencia, y por acaso
Alguna nube algodonosa: esquife
Que transporte estas murrias de mi carne
Hacia las más remotas lontananzas.
Y que bajo este cielo estilizado,
Con un sol vertical a toda llama
Perezcan chamuscados los chacales
De mis odios, ternuras y recuerdos,
Y no quede de mí más que la sombra,
La sombra espiritada de mi cuerpo
Junto a la tumba negra de mi alma.

6

EPISTOLA MOSTRENCA A
PROCLO SOBRE LA MUER-
TE DE DON MARCELINO

EPISTOLA MOSTRENCA A PROCLO SOBRE LA MUERTE DE DON MARCELINO

(Prolegómeno)

Otra vez, caro Proclo, Diadochos idealista,
Sabio comentarista
Del Timeo platónico;
Gnomólogo, magista, paradoxal, dodónico:
Otra vez a turbar el ancho y el augusto
Sosiego de tu espíritu. Dirás que es de mal gusto
El molestar a un muerto con mis trivialidades
Mundanas. Lo comprendo. Vives entre deidades
Etéreas, metafísicas, en un mundo compuesto
De fantasmagorías. Pero, con todo esto,
Por mi conocimiento del racional mamífero,
Sé que ya debe hacérsete pesado y soporífero
Tu país de abstracciones. Por consiguiente, quiero,
Como buen compañero,
Distraer con noticias de acá
Tu tedio de las cosas de allá:
Tu fastidio, que ahora es vibración de un eco
Terrenal, un residuo fósil de misteriosa
Acústica en tu espectro descerebrado y hueco,
Pero que ha persistido con paciencia asombrosa
Aún después de tu arcilla disolverse en la fosa...

Pues bien, hacia aquel reino de sombra y de vacío
Acaba de marcharse un conocido mío.

Un animal de presa
Que primero fallece que malograr la pieza.
Un cucañero de esos
Que, tras cautos avances y astutos retrocesos,
Copan de un solo salto prodigioso la cumbre.
Te lo encomiendo, lleva bastante calderilla.
Guíalo por aquellos valles de pesadilla,
Hasta que se acostumbre
A caminar sin norte, sin fin, sin descansada
Y en tinieblas por sobre los hilos de la nada.

Ayer precisamente, corrida la hora nona,
Y a raíz de una opípara comilona,
Finiquitó su vida de repente
Don Marcelino Ibarra de la Fuente.
Este es el caballero, Proclo, de mi noticia.
Procurador síndico de la Junta edilicia.
Raro, ¿verdad?,
Que un señor de su casa, respetado y querido
Por la comunidad
Muera con los zapatos puestos, como un bandido,
Y con las antiparras de concha encabalgadas.
Pero fué así. Y hoy doblan, lúgubres y pausadas,
La mayor y la prima del campanal.
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

Te he revelado el nombre.
Ahora conoce al hombre.
Don Marcelino Ibarra de la Fuente,
Globo ya desinflado de ansias y vanidades,
Paradójicamente
Fué un mortal trino y uno. Tres personalidades.

Tres formas. Tres maneras
De ser. Las dos primeras:
Como él creía que era y como los demás
Calibraban que él era.
Y la tercera:
Como era en realidad.

(Primer movimiento)

Con cínica impertinencia
Y ornitorrínquica gravedad y apariencia,
El portentoso de don Marcelino
Juzgábase de origen divino,
Porque, según él mismo sostenía,
En la botica y en la barbería,
De aquella santa luz primera
Que apartó Dios del caos informe e intocado,
Vínole a él, en bulto especialmente facturado,
El rayo animador de su mollera.
Los títulos rutilantes y embriagadores
Que le endilgaban sus aduladores,
Subiéronsele a la cabeza
Junto con los guarismos de su riqueza.
Figurábase don Marcelino
En su delirio de grandeza
Que era Iván el Terrible o Saladino.
El factótum, el árbitro, el sursuncorda,
El buey más gordo con la vaca más gorda.
De suerte que para él la demás gente
Era la manada obediente,
El pobre y vergonzante ganadito
Que olisqueaba allá abajo en la llanura,
Y que él veía chiquirritito
Desde su astronómica altura.

Sin su poder, naturalmente,
Sin el fiat lux de su mente,
Sin la eficacia de sus brazos,
Ese mismo ganado perecería.
Nuestro planeta hecho pedazos
Por los espacios rodaría.
Y hasta detendrían sus galácticos vuelos
Las estrellas en el confín de los cielos.

(Segundo movimiento)

Tocante a la opinión de la comunidad,
Hay una mezcolanza de criterios, brutal.
Para unos (los endocrinólogos) don Marcelino
Era un cretino
Esencial.
Fofa, ampuloso, sobrealimentado,
Petulante y osado.
Para otros, fué un hombre
Todo fachada y nombre.
Mas, debajo del cuero,
Cero.
Un tipo un poco extraño.
Ni malo ni bueno, ni dadivoso ni tacaño.
Ni inteligente ni bruto, ni bonito ni feo.
Ni vanidoso ni humilde, ni creyente ni ateo.
En síntesis, podría
Decirse que un sujeto que ni hedía ni olía.
Una especie de insípida modalidad intermedia.
Una parte alicuanta de la social comedia.
Y más que un ser
Nacido de hombre y de mujer:
Un objeto, una cosa amorfa entre dos aguas,
Como —¡excúsame, Proclo!— unas enaguas.

Otros, muy al contrario, sin reserva ninguna
Lo ponen por los cuernos de la luna.
Fué un prójimo de lo más responsable.
A veces inflexible y arbitrario,
Pero a la larga noble y razonable
Con el amigo y con el adversario.
Honestidad, pudor, delicadeza,
Bonachonería y llaneza.
Tales eran, in primis, los magníficos dones
Que adornaban la machina de sus acciones.
No es ningún acertijo
Que en matrimonio no hubo un solo hijo
Don Marcelino Ibarra de la Fuente.
Pero, en cambio, fundó un hogar decente.
Dió de comer al hambriento
Y de beber al sediento.
Desasnó el alma del pueblo a fuerza de instrucción.
Dedicó los chispazos de su materia gris
A engrandecer y dignificar su país.
Un ciudadano de oro, Proclo, según Platón
Apunta en su simbólica clasificación.
Un carácter —espera, deja encontrar la frase—
Que tenía la rectitud como base.
Y otras apreciaciones de alto vuelo,
Como verás por quien despide el duelo.

(Tercer movimiento)

Pero la realidad, buen Proclo, que no miente,
Dice de don Marcelino
Que fué una nulidad eminente.
Un trepador dañino,
Que hundió a muchos hasta el cogote
Para él quedarse a flote.

Un Tartufo de redingote,
Anacrónico, reaccionario, felón,
Preconizador y sostenedor
De la ortodoxia y del statu quo.
Un burro cargado de plata
Que metía en todo asunto la cuchara y la pata.
Se enriqueció prestando al veinte, empeñando,
Hipotecando, ejecutando, embargando.
Un pastel bien relleno
De avaricia, de astucia, de veneno.
Don Marcelino no tenía entrañas
En eso de quedarse con lo ajeno
Mediante turbios papeleos y mañas.
Para neutralizar tanta vileza
Y aparentar decoro y bonhomía,
La mejor arma que esgrimía
Era su sonrisita santurrona y burguesa.
Por éste y otros medios subterráneos,
Técnica de avezado Maquiavelo,
Vivió en la estima de sus conterráneos
Y en paz con el infierno y con el cielo.
Para colmo increíble de alcornoquería,
No alcanzó a comprender nada elevado
Más allá del apéndice, gordo y averrugado,
Que dominaba en medio de su explayada faz.
No sintió la belleza, la emoción, la alegría
De alguna vez tenderse cara al cielo a soñar.
No supo de arte ni filosofía,
Ni de sus goces hondos y exquisitos.
Ni de vitaminas ni de fagocitos.
Fué una mentalidad perspicaz y barata
Para estrategias y artimañas de rata,
Su condición humana, simplista, antianalítica,
Completamente rasa,

Se complacía tan sólo con saber de política
Y con tener pantuflas suaves para la casa.
Lo más que hizo el muy ladino,
El muy ilustre de don Marcelino,
Fué acumular pesetas y pesetas
Rascando para dentro como el cochino:
Y como el dicho rey de las chuletas,
Púsose tan obeso
Que paladinamente lo mató el sobrepeso.

(Exequias)

(Dobles) ¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, Clan!...
Don Marcelino ha muerto. ¡Pobre don Marcelino
Ibarra de la Fuente,
Que a pesar de su origen divino
Como un patán cualquiera se murió de repente!
Sus mejores amigos, sus camaradas,
Que son también panteras disfrazadas,
Llegan con expresión larga y contrita
A unirse al duelo familiar. Para ello
Tuvieron que vestirse de levita.
Afuera, el coche fúnebre ya está,
Avidamente bello,
Fatídico, puntual.
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!..

Los parientes lejanos
Son los que están más cerca de la mortuoria caja,
Por ver si se les pega aunque sea una migaja.
Y los hermanos,
Don Ciprián, doña Flor, don Baldomero,
Que antes no le querían por cicatero,
Miran hacia los cirios con mirar pensativo,

Con visajes de pena que encubren su impaciencia,
Y los magines llenos de ese gas explosivo
Que genera en oleadas el derecho de herencia.
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

Y en un tono teatral y lastimero,
Como en un paso de María Guerrero:
«¡Ay, Marcelino mío! ¡Esposo de mi alma!
¡Corazón de mi vida...!» «¡Señora, calma, calma!»
Gimoteos. Murmullos. Un vahido.
Y en la gran sala atestada
De gente mudamente emocionada,
Sobreviene un espectáculo parecido
Al de un grupo de hormigas llevando del granero
Una brizna de paja a su agujero.
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

Don Marcelino ha muerto, el prominente
Don Marcelino Ibarra de la Fuente,
Dueño y señor del pueblo y del distrito.
¡Estiró la patita el pobrecito!
Personas que apenas lo trataron
Y hasta inquilinos que no le pagaron,
Son los que ahora cargan sus venerandos restos
Y los que al pie del féretro, arrogantes,
Se agarran a las negras cintas colgantes,
Haciendo unos solemnes y compungidos gestos.
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

Los caballos de la funeraria,
Vestidos de luto, engualdrapados
Con pompa suntuaria,
Se encabritan, resoplan, protestan airados
De tanta parsimonia y de tantos rodeos.

Conocen el asunto,
Y les subleva en estos ajetreos
Que abusen tontamente de su horario.
No acaban de entender hasta qué punto
Es importante el difunto.
Al fin cunde un silencio extraordinario.
Y de repente el mayoral arrea,
A tiempo en que una mosca se pasea
Por la punta encarnada de su nariz.
Suenan la marcha fúnebre de Chopín.

La calle está repleta. Albos sobrepellices,
Casullas, oro puro del señor de los cielos.
Exhibición de ricas sedas y terciopelos.
Chiquillos, labradores, magnates, infelices.
La mitra episcopal trémula avanza
Y es un nupcial bizcocho de áurea y turgente panza.
De momento en momento,
El turíbulo un diácono mueve con ritmo lento.
Sobre un mar de cabezas maniobrando,
Demandando franquía,
La cruz latina guía
Con balanceo acompasado y blando.
Lágrimas, automóviles, ofrendas.
Ciérranse, al paso, tiendas y viviendas.
De la estrecha y lustrosa calle de macadán
Se alza un rumor de marcha vagamente marcial.
Y cada cara erguida, oronda, circumspecta
Hasta más no poder,
Produce una impresión indudable y perfecta
De idiotez.
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

Coronas: «De tu esposa Soledad
Que te adoró y jamás te olvidará»
«Tus primos» «Tus sobrinos» «Tus inconsolables
Hermanos» (¡ Los eternos logreros miserables,
Que lo que buscan ahora
Es del río revuelto sacar su tajadita!)
«Dapena, Sociedad en Comandita»
«Centro de Detallistas» «Gran Orden Protectora
De Animales» «Defensa Mutua Ciudadana»
«Hogar Social de la Clase Artesana»
«Liga Pro Democracia» «Un amigo leal»
«La Junta del Gobierno Municipal»...
¡ Clan!... ¡ Clin, clan!... ¡ Clin, clan!...

Entre chuscos: «Decidme, ¿quién es el occiso?»
«¿El occiso? Más bien será el omiso».
«¡ Cierto, señor, muy cierto!
Quiero decir: ¿quién es el muerto?»
«¡ Pues el que va en la caja embaladito
Para el otro mundito!»
Y otros: «¡ Qué entierro bandolero!»
«¡ Cómo se dilapida aquí el dinero!»
«¿ Sabes que me dan ganas de morirme?»
«Y a mí, de irme
Y emborracharme, para que te enteres».
«Dicen que el muerto era un experto
En el oficio de embaucar mujeres».
«¡ Ah! Oiga, amigo, ¿será cierto
Que se murió de congestión del papo
Por comer y después echar un lapo?»
«¡ Pero si no soplabá! Era gotoso
Y además, ¿usté entiende?, sospechoso».
«¡ Vaya!
¡ Gotoso, no; canalla!

¡Dios lo lleve a las pailas del infierno!»

«No, señor!... Que no dudo que eso hará el Padre Eterno.

Pero aún el infierno resulta un paraíso

Para un bribón que hizo lo que él hizo».

«A más de que esas pailas se hallan hoy congeladas

Y él es capaz, por hábito, de traficar con ellas».

«¡Qué calor!» «¡Chico, apura!» «Condenadas

Levitas y chisteras! ¡Hieden a mapurito!»

«Escuche, gallo... ¡truenos y centellas,

Mi callo, mi callito...!»

«¡Caramba, qué lenguaje más bonito

En el enjierro de un señor de fama!»

«¡Está muy bien, madama!»

«¿Y doña Sol, la viuda, se ha quedado conforme?»

«¡Natural, si le deja una fortuna enorme!»

«¿Quién se propone despedir el duelo?»

«¡Quién va a ser! ¡El de siempre, don Carmelo!...

¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

(Tono elevado) «Fidélium Deus ómnium Cónditor

et Redémptor animábus famulórum...

Réquiem aeternam dona eis, Domine:

et lux perpétua lúceat eis. Amen.»

«¿Qué ha dicho el cura » «¡Qué sé yo! ¡Famulórum!»

¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

(Patético) Suena la marcha fúnebre de Chopin.

(Lento) Clac, clac, clac...

Un anuncio estridente:

«¡A rejuvenecerse!

Manicura y Masajes

Precios Razonables»

(Cuadro final a toda orquesta)

—¡ Psh !... ¡ Psh !... ¡ Psh !...

Congestionado, grave, torrencial, don Carmelo
Lánzase a la maroma de despedir el duelo.

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !... ¡ Clin, clan !...

«Señor Alcalde, señores compañeros
Del Excelentísimo Cabildo Municipal,
Damas y caballeros

Y pueblo en general»:

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !...

«He aquí de cuerpo presente a un varón ejemplar»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !...

«Vivió, luchó, venció, murió»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !...

«Un carácter» «Un genio director»

«Una columna más de nuestra sociedad
Que se derrumba en el seno de la eternidad»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !...

«Un cerebro de alturas, de empuje extraordinario,
Como una torre, como un campanario»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !... ¡ Clin, clan !...

«La razón y la justicia personificadas»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !...

«Espejo de virtudes acrisoladas,
De ejecutorias limpias, inmaculadas»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !...

«Compendio de elegancia» «Suma cortesía»

«Flor de afabilidad» «Nata de simpatía»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !... ¡ Clin, clan !...

«Buen esposo» «Buen amigo» «Buen cristiano»

«Modelo de patriota» «Cumbre de ciudadano»

¡ Clan !... ¡ Clin, clan !...

«No hubo dobleces en su corazón»

«No hubo egocismo, ni odio, ni rencor»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «En política fué un hombre honrado»
 «Fué amado, venerado, admirado»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «Defendió los derechos del proletariado»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «En su vida privada fué ejemplo de moralidad,
 De sobriedad, de honorabilidad»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «Grande por su nobleza y por su ciencia,
 Por su probidad de conciencia»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...
 «Espíritu progresista» «De ideas liberales»
 «Fundó escuelas, bibliotecas, hospitales»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «Guía espiritual de sus compueblanos»
 «Consolador de viudas y de ancianos»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «Consumió buena parte de su hacienda y su vida
 En socorrer a la niñez desvalida»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «Levantó en las masas el sentido de la dignidad,
 De la decencia, de la urbanidad»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «Con su proficua filantropía
 Desterró virtualmente de la localidad
 El hambre, la vagancia, la pordiosería»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!...
 «Protector de las siete lámparas de la cultura:
 El comercio, la industria, la agricultura,
 La banca, la ciencia, el arte, la literatura»
 ¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...
 «Un pedagogo» «Un pensador» «Un esteta»

«Legislador, tribuno y hasta medio poeta»
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...
«Fué laureado, colmado de alabanzas
Por su canto: El poder de las Finanzas»
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...
«Don Marcelino ha muerto... pero no ha pasado»
¡Clan!... ¡Clin, clan!...
«Vivirá eternamente entrañado
En la memoria y en los corazones
De las presentes y futuras generaciones...»
¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

Una cabra ambulante
Dando la nota discordante:

«¡Be!... ¡Bee!... ¡Beee!...»

Uno que era su enemigo:

«¡Caray! ¡Pues que le erijan una estatua!»

Un borracho:

«¡Discursitos a mí! ¡Up! ¡Otro trago!»

Un filósofo:

«¡Hasta después, don Marcelino!»

Y la fe católica apostólica romana:

«Réquiem aeternam dona eis, Domine:
et lux perpétua lúceat, eis. Amen».

¡Clan!... ¡Clin, clan!... ¡Clin, clan!...

Y aquí termina el cuento, Proclo, de don Marcelino
Ibarra de la Fuente,
Que murió de repente
Sin que nunca en su vida tuviera que hilar fino.
Fué, como dije, un hombre
Todo fachada y nombre.
Mas, debajo del cuero,
Cero.

7

EPISTOLA A LAS
QUIMERAS

EPISTOLA A LAS QUIMERAS

(Para Luis Palés Matos.)

A vosotras, extrañas formas, ecuménicas formas, como en las bíblicas epístolas de Pablo o de Santiago, salud.

A vosotras llegue mi voz de admonición y rebeldía, y brome con resonancias cataclísmicas en el corazón de vuestras tranquilas e invisibles moradas.

Sois adorables, exquisitas y hermosas como cuerpos de bayaderas.

Mas también sois monstruosas y ávidas, crueles, fatales y despóticas, como heroínas de Sófocles o Esquilo en el eterno miserere del hombre.

* * *

No en vano erais temidas por los antiguos, desde Caldea, y Persia, y las tierras del Nilo, hasta la Grecia, y Roma, y Cartago, y Etruria.

No en vano fuísteis símbolo de los genios elementales y adversos, de los zurdos poderes de la tierra y el mar.

Aunque divinas de origen, descendéis de una raza maldita que procreó, para gloria del dios de los infiernos, a vuestra multicéfala madre, la ponzoñosa Hidra de Lerna, y a vuestras hermanas de leche, las Gorgonas, las Parcas, las Arpías.

Os dió la tradición múltiples trazas fabulosas.

Y se os representaba como a entes dragonados, mero-deadores del caos, que expelían por las fauces torbellinos de llamas.

O como a otros engendros terroríficos.

Morfologías ilógicas con orejas de buey, cornamentas caprinas, torsos ajirafados y alas de gran murciélago; o con desmesuradas cabezas de león, erizadas melenas, abdómenes de cabra y colas de serpiente; o bien, con hechiceras facciones de mujeres, cuerpos de gerifalte y garras de pantera.

* * *

Orgullosas de tales cataduras de susto, llenásteis un dilatado sector en el cosmorama de las clásicas teogonías.

Y figurando grotescos mascarones, se os vió surcar los oceanos del mundo en el caperol de legendarios navíos, mientras guiabais de esta suerte la ambición loca de los navegantes que iban a la conquista del Vellochino de Oro.

* * *

Sois vosotras, Clitemnestras, Medeas, Fredegundas, de suavísimos dedos como pétalos, como pieles de chinchilla, las que aleláis con vuestros filtros mágicos al frío y calculador raciocinio; encargándoos entonces, a guisa de desmandadas obreras, de operar a vuestro antojo sobre la fina y complicada relojería del pensamiento.

Sois vosotras, hilanderas de lo absurdo, las que ador-

náis los cuetos y vericuetos del espíritu con telarañas de magníficos sueños, de esos sueños grandiosos que nos halagan primero y terminan causándonos pesadumbre y espanto.

* * *

Os he oído, sirenas, tañer vuestros añafles y flautas, entre rocas y sirtes, allá en las profundidades de mi cráneo.

Os he visto, como insectos de luz, pulular en mis orbes interiores, entre agonías increíbles, entre suspiros y lágrimas, entre anhelos inconfesables, y sosas alegrías, inquietudes, y tedios, y añoranzas...

* * *

¿Y es que pretendo acaso renegar de vosotras, como de Luzbel, el ángel caído?

En verdad sois insaciables y aniquiladoras.

Hoy, ayer, anteayer, y después, y por siempre, os he llevado en peso sobre mis hombros.

Y habéis chupado de mi sangre y de mis tuétanos, como crías salvajes, agotando mis preciosas reservas de voluntad y energía, y torciendo las lógicas rutas que me trazara el destino.

Me hubiera inclinado a emular el ejemplo proverbial de la hormiga; pero, al fin, vencedoras, me sumasteis al plan soñador de la imprevisora cigarra.

Sin embargo, en el curso de mi encandilada existencia, he sabido extraer por vuestros pródigos pechos el zumo espiritual de mis ideales.

Vosotras sois yo mismo en substancia.

Yo mismo en imprecisas ansias tentaculares, en defraudadas esperanzas, en derrotas sin término.

Me habéis heredado hasta lo más recóndito, en dolor, en ternura y en crimen.

Y, a menudo, me conducís de la mano, en el silencio y la pereza de las horas, por vuestros claros bosques de sol y encantamientos, elevándome así, en mi íntimo ser, de lo temporal y terreno, a la excelcitud de las divinas esencias.

* * *

¡ Oh, tenues, gaseosos, insensatos celajes, que pobláis como abismales lotos las aguas muertas y salobres de mi hastío!

¿ De qué playas lejanísimas del firmamento venís?

¿ De qué substancia maravillosa estáis hechas?

¿ De qué limo inaprehensible y glutinoso, que, al requeriros, por instantes, resbaláis como reptiles eléctricos, o como peces de sombra, en los estuarios de mi mente?

¿ De qué abstrusas geometrías adquirís vuestras líneas huidizas, vuestros contornos desvaídos, vuestros portes fantásticos, vuestras torsiones ondulantes y elásticas?

¿ De qué voces del cosmos os habéis aprovechado para vuestros orfeones majestuosos, que ascienden, por escala, desde la melodía inaudible, hasta el frémito del huracán, hasta el triple ladrido de Cancerbero?

Y, finalmente, ¿ de qué rara paleta, de qué supersubstancial arco iris, habéis hurtado vuestros colores enigmáticos, vuestras gamas y combinaciones del rojo, blanco, verde, negro?

* * *

Yo os he visto, quimeras blancas, evocadoras de los linos angélicos, de las alianzas nupciales, de las muertes en olor de santidad, de la inocencia, el ascetismo, la beatitud, los raptos místicos.

Y a vosotras, quimeras rojas, que recorréis los campos de la creación, bajo la soberbia de las armas y las banderas flameantes; y que alentáis el crimen, la depredación, la locura, el impulso mesiánico de los grandes desfacedores de entuertos, las violentas sacudidas renovadoras de la historia.

Y quimeras verdes, nodrizas del esplín, de las ideas mórbidas, de las torturas calladas y agotadoras en las nobles producciones del arte; y también azuzadoras de las jaurías de las fobias, y de las neurosis delirantes, y las vesanias furiosas, y los complejos de timidez y de fuga, que se embelesan en las timbas de juego, o se acochan, impávidos, tras los biombos oscilantes del opio, y del ajeno, y del alcohol.

Y quimeras negras, que consumáis en acto la tendencia catastrófica de los evos; y que habláis por la voz aparejada de las siete trompetas del Apocalipsis; y por la voz de las aguas airadas, y el trueno, y los terremotos, emanados de la ira suprema; y por las lenguas del fuego purificador, de las pestes y las plagas, del hambre y el terror, la desolación y la muerte.

* * *

A todas os he visto, blancas, rojas, negras, verdes, rodear nuestro carcomido planeta en vuelos imponen-

tes y raudos, como águilas ansiosas de infinitud y eternidad.

Y aprisionar entonces no sólo la armonía, la música del plenum universal, sino aprehender, también, con delicados dedos trémulos, los efluvios espirituales del todo, las esencias absolutas y últimas en su pluralidad y en su unidad.

* * *

Y ahora, que yo estaba tan alejado de vosotras, tan sumergido en el vacío de las cosas creadas, en la pura nada de los datos sensibles, ahora volvéis, con vuestras lámparas de Aladino, a iluminar mi negativo aislamiento y a encerrarme en el tópico blando y débil.

Y os acercáis en larga y silenciosa teoría, por la llanura estéril de mi ocio, y os ponéis a sembrar inútilmente puñados de piedras preciosas.

Llegáis siempre, bacantes de la soledad y la hora inmóvil.

Llegáis siempre con prodigiosa puntualidad.

No vale que os cierre la puerta.

Os metéis, sigilosas, por el ojo de la cerradura.

Os filtráis como duendes por las gruesas paredes blancas.

Salís de debajo de las losas, o de entre los muebles, o del techo, o del fastidio, o del aire.

Y para más hacerme sentir vuestra presencia, os levantáis las sayas por el ruedo de encajes, y humedecéis con vuestro rocío orgánico todas las rigurosas convenciones, todos los textos del sentido común, los papelotes áridos de la Etica y la Diosa Razón.

* * *

En ocasiones, acudís de muy cerca, del poema inconcluso en la gaveta o de la flor amortiguada en el vaso; o del muerto familiar, cuya efigie nos sonríe desde el seto, enmarcada en molduras sobredoradas; o del libro que apenas desfloramos; o de la carta última recién abierta en el pupitre, y que nos trajo un pasajero júbilo, o una insignificante contrariedad, o una inesperada relación de tragedia.

Y otras, os presentáis de zonas muy distantes en el espacio y en el tiempo.

Y mostráis la fatiga del viaje, empolvadas aún vuestras cabelleras por la escarcha impalpable de los horizontes.

Cual si viniérais del transcielo, de las friolentas latitudes de las estelares galaxias.

O del sol de los antípodas, que cargó con la luz y la alegría en nubes de algodón azafranado.

O del jubileo de la luna, que ahora desparrama sus virtutas de ópalo en la prietez inmensa de la noche que me circunda.

O del río de plata que allá, remotamente, culebrea, cabrilleante, por entre los rosados lugares de mi infancia.

O tal vez de una falda de piqué limpio y blanco, clueca falda de arrullos y mimos maternales, desvanecida ya, sin remedio, en las plenitudes fofas del éter.

O de aquel dulce rostro de colegiala, rostro en un cuerpo frágil y alado, todo alma; capullo de ilusión que se entreabrió en la senda de mis primeros años mozos, y que, de tarde en tarde, se insinúa en mis recuerdos, fugaz como el latido de un lucero en el agua.

* * *

Antes erais alegres y jóvenes; lucíais gentiles atavíos;
poseíais la gracia de la línea, la tersura de la piel,
la belleza de la forma.

En vuestros ojos retozaba el claror inocente que endulza
el sonreír de los niños.

Vuestra voz era el cántico del sinsonte, la sinfonía de
las esferas.

Portabais ánforas y anáglifos, y empapabais mi sed de
gloria con el jocundo vino de Biblos.

Vuestros cabellos eran negros y undosos, como los cabe-
llos de Ariadna.

Vuestros labios, pulposos y tiernos, sobrepujaban los
higos de Egilo en blandura y almíbar.

Y vuestros senos eran frutas auténticas del huerto de
los goces pudibundos del tacto; y semejaban palo-
mos buchones de sonrosado pico, acurrucados junto
al nido de vuestras enlanadas axilas.

* * *

Fero ahora parecéis esperpentos escapados de un agua-
fuerte de Goya, o de las láminas de Durero, o de
algún aquelarre de Walpurgis.

Ahora sois viejas, y flacas, y taciturnas, con miembros
de perláticas, con narices ganchudas, gibas y loba-
nillos.

No se advierte en vosotras más que el lamentable fra-
caso de vuestras deformidades y de vuestras canas.

Tenéis ojos de pánico, turbios, desorbitados, en fuerza
de haber visto más allá de las cosas.

Sois, en resumen, gestos convulsos en hombros sin for-
ma y sin equilibrio.

Agitáis manos despellejadas y frías.

Y oléis mal.

* * *

Y me asombra que ejerzáis todavía vuestro poderoso dominio sobre los territorios de mi voluntad y mi mente.

Me asombra, a estas alturas, que forméis en el mundo mi único patrimonio glorioso.

Por vosotras padecí mil suplicios, mil muertes, sin por ello dejar de existir, con vosotras auestas.

Y aún os siento en las noches de preocupación y de insomnio, con vuestras cariciosas patas de terciopelo, explorar los rugosos hemisferios de mi encéfalo, hasta evadir la cárcel de la craneana bóveda, y flotar, inquietantes y oblongas, como lampos de fósforo a la vanguardia de mí mismo, en los huecos y desolados panoramas del sueño...

* * *

¡ Cuántas veces, magnánimas, no bajasteis a la materia inferior, para rozar con vuestras alas la frente obtusa del filisteo, del cretino encadenado a su grasa !

¡ Y cuántas, asimismo, no os habréis escurrido como escala de luz —de luz que da energía, valor, liberación— en la penumbra trágica del hombre que pasea su impotencia entre las rejas de un presidio !

Rondáis con vuestro soplo vivificador sobre estercoleros de corazones y rescoldos de ensueños hechos pavesa y ceniza ; sobre piltrafas de ambiciones que se esfuerzan vanamente por palpar un pelo siquiera de la felicidad, de la riqueza, del poder, de la gloria.

Y os deslizáis bajo las sábanas clínicas, en donde se agazapa el pájaro del desvelo y aúllan las dolen-

cias del cuerpo, entre fétidos yodoformos, entre espasmódicas toses, estertores agónicos, sollozos entrecortados, o exclamaciones frenéticas, mascadas con sordina, y que huyen sobrecogidas, en mitad de la noche.

Os he sorprendido atisbándome por los ojos brotados y fijos de los hipertiroideos y por las pupilas calenturientas, soslayadas, indiferentes de la demencia precoz.

Y esplendor como un brusco relámpago de liberador homicidio, en las córneas estrábicas y en los semblantes ahusados y estupóreos de la paranoia.

Y habéis enjugado las mejillas transidas y arrasadas de llanto, de ese llanto perenne, interior, por el derrumbamiento de la juventud, del entusiasmo, de la ilusión; por la muerte o la desgracia de los seres queridos; o por la pérdida de la libertad, que infunde fortaleza a los hombres, o del amor, que los dignifica y los engrandece.

* * *

Sois las progenitoras de la ficción, de la fantasía, del mito; y participáis, por tanto, de sus imponderables cualidades, de su esencia imperecedera.

Estáis consubstanciadas con los elementos que coexisten de todo tiempo en la integración del primer principio.

Y os movéis como ráfagas en los entresijos de la carne al igual que en los recovecos del espíritu.

Y burbujeáis en el torrente subterráneo de los deseos fallidos fijados en el subconsciente, y en la linfa viscosa de los pecados capitales.

Con vuestro don de proteidad, adoptáis la apariencia

calipigia de los apetitos sensuales, de la invercunda lujuria.

Y mordéis las entretelas de las virginidades.

Y asaltáis, risueñas e insinuantes, la austeridad de los templos, o la paz recoleta de los claustros, o la cueva del iluminado eremita, estragado de rezos y abstinencias.

En donde quiera que el instinto genésico encuentre insuperables represiones, y se pudra y se agoste como fruta prohibida, anatematizada por la superstición y la ignorancia: ¡allí estaréis vosotras!

* * *

Yo os he visto revolotear como irisados colibríes en los balcones abiertos al crepúsculo, y en las miradas extasiadas que se pierden en las espléndidas lontananzas.

Os he visto amenizar las veladas insulsas, cuando latén los pianos monótonos en las barriadas elegantes o en los rincones de provincia.

Pianos lastimeros bajo la presión lánguida de virtuosas doncelleces, avaras de castidad, que sueñan, melancólicas, junto al hastío de sus tocatas.

Y os agitáis misteriosamente en los senos de quince años: cabecitas doradas, de ojeras lilas tras los visillos, estampas de novela romántica que esperan el amor en la gallarda figura de un príncipe encantado, jinete en corcoveante alazán.

Corazones sanguinolentos en sus estuches de lujo; futuras sombras de pecado; galeras visonarias, sin otro huésped en la cala que su atávico lastre de miserias...

* * *

- ¿ Y quién dice que no andáis diluídas en la mirada atónita de los sapos, frente al oscuro parasol de la noche que chorrea infinitas lágrimas blancas ?
- ¿ Quién dice que no encendéis la imaginación del buho, cuando contempla el pálido quinqué de la luna, o las sombras aupadas de la tierra o resbaladas del cielo, y en cuyos ojos, redondos y amarillos, parece entrañarse la universal sabiduría ?
- ¿ Quién dice que no corréis en las arterias del mineral oculto que tiende hacia arriba y aflora en condensaciones preciosas ; y en la savia luchadora de las raíces ; y en la emanación profética de los surcos ; y en los gérmenes fecundos del subsuelo que aguardan la llegada de la primavera ; en la aspiración, en fin, de todas las formas a escalar por gradaciones los planos de la luz, la perfección, la belleza ?
- ¿ Quién dice, por último, que no venís ya delineadas desde los genes diminutos, en las curvas y rectas de las predestinaciones que habrán de dirigir nuestra vida ; y aún desde más lejos, de la herencia de las especies, de los reñones mismos del plasma primitivo ?

* * *

Habéis nacido, sin duda, de la primera meaja que derramó el cielo sobre la tierra en la fecundación primera.

Y habéis rodado en la corriente de los siglos, con todos los hechos e ideas del espíritu humano.

Sois las musas inspiradoras, el sentido creacionista de todo.

Martilláis en las sienes del sabio, del poeta, del artista,

- a lo largo de las horas tediosas de estudio, de meditación, de silencio.
- Y animáis con vuestro hálito la utopía de los sociólogos, de los moralistas, de los reformadores del mundo.
- Y los transportes beatíficos de los que se comunican con Dios, los tocados de la gracia, los santos y profetas, testigos del hecho sobrenatural, locos del alma, lenguas de la divinidad, de lo Absoluto inefable.
- Y palpitáis, muy adentro, en la música y en los números de Pitágoras.
- Y en el perpetuo fluir de Heráclito.
- Y en el laboratorio de virtudes de Sócrates.
- Y en las profusas tautologías del reino de las ideas de Platón.
- Y en los conceptos del Ser, y de la Forma o esencia como acto, de la metafísica de Aristóteles.
- Y en las legiones de jerarquías celestes, de potencias y teofanías, de Tronos y Arcángeles, que imaginó Dionisio Areopagita.
- Y en la poética procesión de las sustancias, en las emanaciones y reabsorciones de las hipóstasis de Plotino.
- Y en las delicuescentes alegorías del Verbo y el Espíritu Santo del adamantino Orígenes.
- Y en la doctrina hermética de la unidad trina y una de San Agustín; y en su tesis de la necesidad de iluminación para comprender la fuente divina, suma y esencia de los universales.
- Y en el sistema cálido y portentoso de generalizaciones y definiciones, de impetuosidad escolástica, de sonora dialéctica y Pane lingua gloriosi del Doctor Angélico: aquel gran sol de Aquino que llenó la

Edad Media, y a quien los querubines en coro celebraron con aleluyas y vaharadas de aromas.

Y hasta irradiáis con resplandores de aurora, en el recogimiento absoluto, la renunciación a todo lo perecedero, la abstracción, la inmovilidad, el total aniquilamiento, en suma, que señalaba el monje Eckart como umbral de la verdad eterna, como escalón para alcanzar a Dios y ganar los desiertos infinitos del alma...

* * *

Y cuando se cierne, inminente, la densa oscuridad del no ser, aleteáis en las postreras coruscaciones del cerebro, en el canto de cisne de la conciencia, afeerrada a no perecer.

Y aún después de este proceso, bajáis a los escondrijos helados donde tiene lugar el drama de la definitiva desintegración; y chapoteáis, allí, entre los detritus finales y los gusanos sedientos de luz, para emerger póstumamente de los bajos fondos telúricos, de lo insondable de las metamorfosis, transfiguradas en el menudo tallo que germina, o en la mariposa, o en la flor.

Sois la vida y la muerte, sois Dios.

8

EPISTOLA DE MAS ALLA
DEL PONIENTE

EPISTOLA DE MAS ALLA DEL PONIENTE

(Para Evaristo Ribera Cheuremont.)

Salud, poeta, flor de idealismo, gracia del intelecto, luz del espíritu.

Mi noble y viejo amigo, salud; y que el Señor del cielo os la conserve, para provecho y honra de propios y de extraños.

Y escuchad lo que os dice mi voz grave y pausada, por la serie de estancias de esta curiosa epístola.

Mi voz, que es voz de muchos, voz catastrófica, eco de tradición del Homo lóquax, ese técnico experto de las formas verbales, pero que aún entre ratos riega calladamente sus tiestos de ilusiones, y aún ambiciona, y ama la belleza y la vida, el saber y la gloria.

* * *

Hermano, ya ha llovido largo en nuestros trigales.

Ya son innumerables los soles y las lunas que han desfilado sobre nuestra senda de ortigas.

Ya doblamos el torvo cabo de las tormentas, y es hora de sentirnos con el alma cansada, sumergida en un vasto desaliento de todo.

* * *

Angustioso es vivir un día y otro día, el corazón ya mustio para el amor humano, y para la emoción, y la fe, y la alegría.

Y angustioso es vivir un día y otro día, el cerebro obstinado en una sola idea, en un solo problema insuperable: el último, el máximo, el eterno. El problema, en fin, de la muerte.

* * *

¿No habéis pensado, hermano, que cada hora que pasa, cada minuto, cada ínfima partícula de tiempo, indefectiblemente nos vamos acercando más y más a esa fuente virtual de todo miedo, a esa desconocida sombra pálida, que en su espectral barcaza, sobre aguas siempre inmóviles, fiel nos espera para la postrer travesía?

Terrible, pero cierto, poeta...

Lágrimas y esperanzas, anhelos, vanidades terrenas, optimismo, placeres, juventud y energía, todos esos factores de salud y de vida, que aligeraron nuestro errabundear por el mundo, fueron quedando atrás, en las tumbas del tiempo, bajo el polvo de nuestro proceloso camino.

Y los hechos más puros, generosos, sinceros de nuestra vida —el arte, el esfuerzo intelectual, la poesía— se rancian y apolillan en hileras compactas, allá en los anaqueles del olvido.

* * *

El panorama íntegro de nuestro ayer fecundo, lo repaso y lo veo desteñido y gastado, como de cientos de años.

Y el presente, poeta, es una melopeya de achaques, de melindres, de temores, de quejas.

Sin contar con que nuestro personal patetismo se mueve en un ambiente público recargado de estómagos que medran y sexos que trajinan, y de positivismo brutal, y de ignorancia, y de mediocridad y chabacanería.

* * *

Y el porvenir, hermano, ya podéis presumirlo...

A nuestra edad se vive desmenuzando tiempo retrospectivamente; es decir, reculando, queriendo retardar la irrefrenable marcha del presente al pasado, como si esto pudiera detener el avance, la continua inminencia del futuro.

Y así nos parecemos a esos bueyes cansinos, que a cada instante cejan detrás de la garrocha que los lleva adelante, por temor que al volver de un recodo cualquiera, les falle el pie y se vayan de cabeza volteando por el despeñadero.

* * *

Y un día y otro día, el mismo pensamiento golpeándonos las sienes.

El mismo solitario pensamiento rondando nuestra vigilia y nuestro sueño; y hurgando, retorciéndose desesperadamente, como una larva insólita que se roe a sí misma.

Pensamiento insensato, pertinaz, absorbente, ante cuya presencia todas las otras formas mentales se aspavientan, como mujeres sorprendidas desnudas, y huyen a los parajes quietos del subconsciente, presurosas, convulsas, hacinadas.

* * *

Porque no nos domina sino la infatigable obsesión de nuestra incierta escatología: el destino final de nuestro cuerpo putrescible en el rodar de la materia universal; y el destino final de nuestra alma en la evolución de sus propias esencias.

* * *

De tarde en tarde sobreviene una tregua en la repetición de esa idea sistemática, y nuestras facultades, lejos de recobrase por ello, caen como en un estado de langor, de apatía, de terca negatividad; y se repliegan y aglutinan en las capas superficiales del ser, desconfiadas y expectantes, aleladas y con aspecto de muertas .

Pero es entonces que el miedo, el miedo original, agazapado en los entresijos atávicos, se despereza y lanza su grito proverbial, su grito sordo e inútil, cuyo registro estertoroso nos repercute en las entrañas.

Y una vez más, como siempre, nos invade la habitual inquietud, el mismo pensamiento obcecador cuya tétrica fisonomía nos es tan familiar.

Y proseguimos nuestro cruel derrotero, nuestra mezquina órbita existencial, con la carga tediosa de nuestros dolores, de nuestras arrugas, de nuestra arterioesclerosis.

Y viendo a cada paso lentamente estrecharse, como un grillete colosal, el círculo antes soberbio, antes encantador y anchuroso de nuestro espiritual horizonte.

Y viendo derrumbarse sin cesar en la nada ese torrente imperturbable del tiempo, impelido por fuerzas ig-

noradas, y arrastrando consigo como turbios despojos lo mejor y más bello de nuestras experiencias, de nuestros entusiasmos, de nuestros ideales —volatilizaciones de nuestra alma individual que acaso irremisiblemente se pierdan, o acaso se reintegren a su punto de origen en el alma de la Creación.

* * *

¿ No os provoca, poeta, todo esto un gran clamor, una reacción inmensa de impotencia y de susto ?

Envergadura de héroe, o de santo, o de mártir, se ha menester en estos trances para guardar la conveniente compostura, la necesaria fortaleza de ánimo, la serenidad, el valor.

Porque ya muchos han hablado de la vida, de la vida inmediata, amable o trágica, pero siempre palpitante y sensible, ardorosa, voraz, derrochadora.

Ya muchos han hablado de la vida del amor en la sonrisa y en los ojos de la mujer deseada, cuyo semblante entrevimos en el más dulce de los sueños.

De la vida del amor en el beso y los mimos de la madre que desangró su corazón hasta el fin por nosotros.

Y de la vida del placer y del lujo, y del honor y la virtud, y del poder y la fama.

Y de la vida fértil en los titanes del pensamiento, creadores de armonías imprevisibles, de mundos inauditos.

Y de la vida también en los enanos de la mente, sacos de vanidad y garrulería, de envidia y suspicacia: almitas de batracio con pretensión de águilas.

Y de la vida misérrima en los estercoleros humanos, donde agitan sus alas membranosas los demonios

del vicio, la vesania y el crimen, donde el espíritu se envilece y se corrompe en consonancia con la carne.

Y de la vida múltiple, general, infinita, entrañada en la totalidad de los vínculos genéticos; y en las propiedades de la materia de desear, y obrar, y distenderse, y renovarse, y destruirse, desde el átomo primitivo hasta la complejidad de los organismos; y en los ritmos de la energía luchadora y reguladora; y en el juego de los quantas luminosos que un fluir perpetuo distribuye entre los dos abismos del espacio y el tiempo...

* * *

De todo eso y más ha hablado el hombre con exceso. Y ha descorrido algunos velos, muy pocos, que apenas nos permitieron asomarnos racionalmente a la verdad.

* * *

Pero ¿y la muerte, hermano — esa causa primera de las alegorías de lo sobrenatural, esa matriz de toda revelación, de todos los misticismos angélicos, de todas las concepciones religiosas y de la religión misma, y de toda doctrina ética y toda metafísica?

¿Qué ha respondido el hombre al encararse con este interrogante?

¿Qué ha realizado para despejar esta incógnita, más allá de amazacotar presunciones, hermosos mirajes, sofismas, construcciones teóricas reforzadas por sutilezas dialécticas, y que jamás lograron conformar nuestra alma, apartarnos del sistema de

la duda, satisfacer las exigencias de nuestra razón?

¿Dónde están, qué se hicieron los millones de millones de seres que transpusieron la frontera fatal de ese temido reino de irás y no volverás?

Quizá en alguna parte estarán — como se canta y se llora el vitalismo de Driesch.

Estarán bajo tierra, en el aire, en algún sitio; porque lo «en sí», lo íntimo que da sentido al ser, no creo que se extinga con la carne mortal, y he de admitir, por tanto, y apriorísticamente, que debe ser eterno de toda eternidad.

Pero ocurre que nada, prácticamente nada resta ya de tantísimas generaciones muertas, en cuanto no podemos relacionar con ellas el espacio y el tiempo, el número, la forma, la movilidad, la conciencia.

Todas quedaron reducidas a cero, reducidas a fofos celajes estancados en el silencio y la frialdad de los siglos.

O a lo sumo a un recuerdo hazañoso en la historia, o a tal cual aflictiva evocación alzada de entre las manchas plúmbeas y oblongas del insomnio — ese febril insomnio que a menudo en las noches vivaquea como un duende sobre nuestras pupilas...

* * *

¿A qué obedece entonces nuestra limitación, nuestra incomprensibilidad de la muerte?

Ni físicos, ni fisiólogos, profetas o filósofos, podrían resolver mi perplejidad, aclararme este misterio del ser en el no-ser, de la realidad en la irrealidad. La muerte es el mayor de los puntales de la fe, el

más fuerte incentivo del sentimiento, el más eficaz de los estímulos de la razón.

Y a pesar de esto, sigue siendo un enigma para todos, un universo cerrado, que no puede explicarse por silogismos, ni por fórmulas científicas, ni por sistemas ético-religiosos.

* * *

Y sin embargo, sin embargo...

Estoy por decir que con arreglo a los yoes sintientes y pensantes, a sus modalidades respectivas —mentales, humorales, fisiológicas— bien puede cada cuál «crearse» su muerte, forjarse la experiencia de su propio exterminio.

Por mi parte, confieso que en más de una ocasión, he intuído, he creado, me he representado mi muerte. ¿Fantasías, verdad? Pues a escuchar os llaman, compañero poeta.

* * *

Lo primero que vi fué algo así como un tren, un tren descomunal que se me vino encima, disparado a velocidad sorprendente.

Y sentí un golpe seco, sibilante —debajo de la nuca, en el cráneo, no sé de fijo dónde—, un golpe violentísimo: terremoto increíble que al parecer me triza los órganos vitales y hace crujir mis huesos como leña en el fuego.

Súbitamente todas mis potencias internas se escapan raudamente como en un torbellino, desparramando al paso copos fosforescentes que al caer se desplazan al violeta y al verde.

Y... caray, no me explico, no acierto a comprender qué es lo que en mí solloza tan lastimeramente.

Un hilillo de sangre crece y crece de modo que se transforma en río, en lago, en oceano —un oceano sobre cuyo airado oleaje vuelan calmosamente grandes pájaros negros.

En seguida un ronquido que a mí mismo me espanta.

Y el corazón que empieza gradualmente a pararse, a detener la máquina de su sístole y diástole; mientras que mis pupilas, desgarradas, locas, se beben cantidades enormes de tiniebla, de una tiniebla densa, algodonosa, fría, que se desprende de mí mismo.

Y después mucho sueño, un sueño extracorpóreo; un sueño arrollador, oleoso, magnífico; un desmadejamiento profundo y singular; un letargo más ancho, más intenso, más tónico que el letargo del opio.

Y al fin un calofrío brusco, un estremecimiento de póstuma ansiedad, un espasmo dulzón, casi sensual, gozoso, que recorre en un soplo la piel tímida y laxa, y pone un rapidísimo relajamiento eréctil en las zonas pilosas...

* * *

¿Y aquí concluye todo? No, por cierto, mi amigo.

La muerte es algo más que un tratado de física.

Es más larga, más honda, más rica, más compleja.

Morir no es apagarse así inmediatamente como se apaga al viento la llama de una vela.

Morir es consumir un ciclo trascendente de la materia móvil, matemática, extensa.

Es lisa y llanamente «terminar» de pudrirse, ya que

la vida misma, sus procesos orgánicos, no son sino procesos de pudrición latente, lucha activa del cuerpo por no descomponerse.

O dicho así: la vida es un estado mórbido, palpitante, fugaz, de la naturaleza inorgánica.

Mas por detrás de todo ese aparato físico, hay algo que rebulle, que se eleva, que flota; algo potente y apto, indivisible y único que resiste a morir.

* * *

Y bien, cojo la hebra y anudo mi relato.

Por lo pronto, después de aquel acabamiento de la vida del cuerpo, se hizo la luz de golpe —luz blanca, luz cernida de reverberaciones— en algún vago núcleo del ser sobreexistente, que llamaré la antena retiniana del alma.

Y aconteció que al punto, como por arte mágico, devino en mí el calor, la energía tumultuosa y consciente, y se encendió en mi caos individual la idea, y el impulso de hacer, y el movimiento.

Y me ví, para asombro de los propios sentidos, en un orbe poblado de fantasmagorías, el ego abandonado totalmente a sí mismo, y sobre un suelo blando de sombras caminando, sin objeto ni rumbo.

Sentía que me impulsaba mi individuo integral, su voluntad de ser; pero a la par sentíame, cosa rara, no ser.

Habíame sin duda liberado del cuerpo; pero ¿y este elemento misterioso y activo que en mí «sentía», qué era?

¿Y el yo, mi yo esencial, peculiar, unitario, dónde se hallaba ahora?

¿No sería que mi ego era tan sólo un módulo de restos

volitivos, de espectros residuales de mi vida mnemónica, repercusión de ideas y actos lejanísimos que aún persistían en la duración?

Lo cierto, lo innegable es que sentía.

Y que actuaba y pensaba, y calculaba, pero en otras dimensiones, con otros mecanismos sensoriales, con otra facultad raciocinante.

Todo lo circunstante se me representaba, no por operaciones fisiológicas, ya liquidadas con la hez de la carne, sino por los efluvios de los datos externos directamente obrando sobre los átomos dispersos de mi sensibilidad.

Pero esta sensibilidad ha cambiado por completo; es una sucesión de pesadillas, un vértigo dantesco, un laberinto de extravagantes asociaciones, desde el momento en que procede a elaborarse su tipo de realidad objetiva, con electrones y protones, inaprehensibles y ululantes.

Como veis, caro amigo, la fuerza de las cosas me ha transportado a un medio —diríais vos cabalístico, gaseoso, inconsútil— donde ya el yo no es yo; donde todo sucede extraordinariamente; donde han variado todas las normas y las formas sobre las cuales antes se apoyaba mi realidad.

¿Tendrían razón los místicos, los videntes, los santos, aquéllos tan amados de vuestro numen, poeta; aquellos captadores de lo bello y eterno, ungidos de la gracia, intermediarios de la Divinidad?

Porque, con yo o sin yo, lo que ahora experimento es una inmensa paz interior, un descanso supremo, absoluto de todas las congojas del alma y de todo el dolor indecible que me acarreaba el usufructo del cuerpo deleznable; un gran olvido, en suma, de mi ego anterior, y un gran extrañamiento frente

a esta escurridiza y discontinua fenomenalidad que me circunda.

Los objetos que distingo son móviles, evanescentes, licuefascentes; la materia inerte, se expande y se contrae alternativamente, y forma condensaciones y se funden en la inmutabilidad de la entropía, en reversión a los estados difusos.

Y las masas que sospecho vivas, masas policromadas, especie de fermentos radiantes, de coágulos de energía, se contorsionan valsando a mi alrededor, como bestias fantásticas, y también se enrarecen y se funden en la inmutabilidad de la entropía, en la homogeneidad regulada de estas inescrutables latitudes de ultramundo.

No ha sucumbido en mí la predominancia del deseo; aún me persiguen la sed, el hambre, la incitación erótica; pero luego que intento saciarlas, me percató de que se trata de una errónea interpretación, de una ilusión de la voluntad mezclada a otra ilusión de sed, y de hambre, y de sensualidad.

Además, el agua que toco es un espejismo; es de color de ópalo, en partes, y en otras, inconcebiblemente diáfana; pero es un agua inmaterial, ilusoria.

Y la fruta que muerdo, entre verdeañil y violácea, se me reviene en los labios —en mis supuestos labios— y se evapora como humo.

Y el instinto amoroso, a estas alturas, no puede ser otra cosa que una abstracción, un reflejo, tal vez, del impulso vital, de los ímpetus creadores y reproductores del gran todo energético, en la mecánica de sus cambios.

* * *

- ¿ Pero será esto acaso realidad, la realidad de lo «en sí», esa parte nouménica por detrás o por debajo de lo externo, esa segunda imagen de los datos sensibles que devanó el cacumen de los filósofos?
- ¿ Será aquí donde se revelan por intuitiva intelección los nexos invisibles de lo temporal y lo eterno?
- ¿ Será esto la última esencia, el halo de lo espiritual, la celeste locura de que habla Santa Teresa, el glorioso desatino en donde se aprende la verdadera sabiduría?
- ¿ Serán ciertos todos estos planos y sólidos movedizos, todas estas profusas arborescencias que advierto en torno mío, vapores tenuísimos, que cabecean en la atmósfera con una lentitud desconcertante; y estos tonos de color nunca vistos; y esta ausencia total del rojo; y estos frenéticos zigzagueos de los fotones cósmicos; y esta sutilización y difuminación de la materia trashumante en que el peso evidentemente no existe?

Allá divisó una carreta, como pintada en la distancia, una reminiscencia de la vida, un trazo fugitivo que paulatinamente se licua y se borra, como se licuan y se borran todas las sensaciones operantes en mi propio acaecer aparente.

Esa visión, de seguro, no se me dió en lo exterior; fué el relámpago de un remanente conceptual rezagado en el yo, una noción preexistente náufraga o ya diluída entre los pálidos contenidos de la memoria.

* * *

Mas todavía no logro coordinar, verificar mi ontológica unidad, dentro de esta dilatada cenestesia

del yo, dentro de este posible substrato de universo que en todas direcciones me inunda.

Continúo sintiéndome, percibiéndome en el conjunto de las cualidades del ser, sin poder realizarme intrínsecamente como tal.

Mi voz no es voz; clama y la oigo; pero ninguna cosa que yo sepa la emite.

Mi materia no es materia; la palpo, la veo, la siento; sin embargo, compruebo que no está en ningún punto del espacio y el tiempo.

¿No será absurdo todo esto que se me antoja como real, presuntamente real, si considero que yo mismo soy un ente irreal y que, por lógica, no puedo pensar la realidad?

* * *

Sea lo que fuere, amigo mío, es admirable y hasta consolador este delirio en que el espíritu parece haber sacudido y dejado atrás para siempre la pesantez de la biología.

Porque no es sino un delirio, un sueño prodigioso este sentirse y no sentirse.

Y esta intangibilidad y fugacidad de las cosas.

Y esta síntesis de la razón, que ya no opera respecto a lo externo por valores disímiles o contrarios.

Y esta identidad, y equilibrio, y suprapercepción de los poderes del alma.

Y esta ascensión del conocimiento intelectual a las plenitudes melódicas de la contemplación y del éxtasis.

Y esta cosmovisión de las divinas sustancias, resplandecientes y blanquísimas, arrebatadas vertigi-

nosamente en lo etéreo inefable, cual si arreciara sobre ellas el aliento de un gigante...

* * *

Mas también el ciclo incalculable de ese delirio se cierra y desvanece, como los ciclos anteriores, en los derroches de la duración.

Los elementos conscientes del yo, que desde el comienzo hasta ahora pretendían supervivir a la dilapidación de lo orgánico, ha rato que no tienen resonancias sensibles, ha rato que acallaron sus voces impotentes en estos infinitos de nadie, en estas desoladas regiones de más allá del Poniente.

Las esencias superiores y últimas, han ido poco a poco amortiguándose, hasta apagarse y congelarse en la pura extensión matemática.

Hacia el fondo de esas mismas esencias, en sus cenizas indestructibles, lo único que se oye, intermitentemente, runflando como un fuelle en los ámbitos, es el eterno deslizarse del tiempo.

Lo que aquí se realiza ahora, lo que se ha realizado hace un instante, es la transmutación de lo espiritual en energía ciega y mecánica, en porción milimicrónica, infinitesimal, de las fuerzas unificadoras del cosmos.

Y aquí no se vive vida alguna, aquí «se es» en la anulación del pensamiento, en la aniquilación de toda perceptividad, en los escombros del ser individual transfundidos en el ser universal...

Pero esto es sencillamente, mi fraterno poeta, el retorno al «principio primero», la consumación del vacío, la inmersión en la nada sin límites...

OCHO EPISTOLAS MOSTRENCAS

FE DE ERRATAS

Epístola a Luis Muñoz Marín
Página 27, línea 16

Donde dice:

“Debo advertirte de esos oficiantes que yo’

Debe decir:

“Debo advertir a esos oficiantes que yo”

Epístola de más allá del
Poniente

Página 90, línea 6

Donde dice:

“y se funden en la inmutabilidad de la
entropia, en”

Debe decir:

“oscuras que se alabea y disuelven sin
causa, en”

INDICE

	<u>Págs.</u>
1. Epístola admonitoria al poeta Calandrino... ..	7
2. Epístola al alcatraz del parque... ..	15
3. Epístola a Lota... ..	21
4. Epístola a Luis Muñoz Marín... ..	27
5. Breves epistólicos a Proclo	37
6. Epístola Mostrenca a Proclo sobre la muerte de don Marcelino... ..	47
7. Epístola a las quimeras	63
8. Epístola de más allá del Poniente... ..	79

SE ACABÓ DE IMPRIMIR «OCHO
EPÍSTOLAS MOSTRENCAS», DE J. I.
DE DIEGO PADRÓ, EN LOS TALLERES
DE NUEVA IMPRENTA RADIO, S. A.,
MADRID, EL 30 DE MAYO DE 1952.

95 p.